

Napoleón agregó á las tropas de Margarón al general Bertrand, que había marchado con Macdonald y acababa de llegar á Leipsick. Según la necesidad lo exigiera, debía apoyar ó á Margarón en la defensa de la ciudad y del desemboque de Lindenau, ó á Marmont en la defensa de la posición de Mockern. Como ya lo hemos dicho, las tropas que fueran llegando se debían situar detrás de Marmont para enlazarle con Murat. Así el primer día, para la batalla que se iba á dar al Sur de Leipsick, tenía Napoleón ciento quince mil hombres contra los ciento sesenta mil de Schwartzberg. Si al mismo tiempo se empeñaba la lucha hacia el Norte, contra los sesenta mil hombres de Blücher tenía á Marmont con veinte mil, á Bertrand con diez mil, sin contar los diez mil de Margarón, que guardaban á Leipsick y el camino real del Rhin. Ney, con Souham, Reynier y Dombrowski, nos traía un refuerzo de treinta y cinco mil hombres, y alternativamente podía socorrer á Marmont ó á Napoleón mismo.

Con el total de nuestras fuerzas debía juntar ciento noventa mil hombres; pero, convenía darse prisa á ganar el triunfo, porque si Ney elevaba nuestras fuerzas á este guarismo, en el mismo espacio de tiempo cabía que el contrario viera ascender las suyas á trescientos veinte ó trescientos treinta mil hombres de resultas de la llegada probable de Bernadotte, que se había quedado detrás de Blücher y de Benningsen, dejado á la espalda de Schwartzberg. Por lo demás Napoleón pensaba en asegurarse de los resultados decisivos desde el primer día, porque esperaba tener la cabeza de columna de Ney cuando menos, juntarla á Macdonald y lanzar á uno y á otro sobre la derecha de Schwartzberg, para que le empujaran sobre el Pleisse de pronto. Estas disposiciones era cuanto se podía esperar de la situación y de su genio, y después de emplear todo el día 15 en reunir sus tropas, determinó no dar más espera, y atacar á Schwartzberg á otro día. Doble confianza y aun benevolencia manifestó respecto de sus lugartenientes, queriéndolos disponer mejor á derramar la última gota de su sangre. A mayor abundamiento, aun experimentando serias inquietudes y desaprobando su política, todos estaban determinados á portarse como descaba y sin reserva. Vencer ó morir era el sentimiento que animaba á todos.

Por su parte los coligados no permanecieron ociosos, y para operar su reunión bajo los muros de Leipsick hicieron enormes esfuerzos. Según se ha visto, á la aproximación de Napoleón se refugiaron Blücher y Bernadotte detrás del Mulda, y desde que se vieron juntos no cesaron de altercar sobre la conducta que debía seguirse. Ante todo Bernadotte quiso que el ejército de Silesia fuera á tomar posición más arriba que el del Norte sobre el Mulda, esto es, que se situaran entre las tropas de su mando y Leipsick, á fin de tener en caso de desastre más pronto y seguros medios de evasión hacia el Elba. Blücher, adivinando las razones de Bernadotte, deseaba, por el contrario, situarse más abajo, para tenerle encerrado entre sus tropas y Leipsick, y forzarle de este modo á marchar contra el enemigo. Pero negándose Bernadotte á semejante disposición de los dos ejércitos de una manera rotunda, y alegando por pretexto el cuidado de sus comunicaciones con Suecia, Blücher se vió obligado á ceder por evitar una ruptura.

Después de este altercado suscitóse otro. Bernadotte quería que al remontarse hasta Leipsick se operara el movimiento, no detrás del Mulda, sino detrás del Saale, á fin de poner dos ríos entre sus tropas y las francesas. Al revés quería Blücher que se cubriera sólo el Mulda para llegar á Leipsick más pronto. Sin embargo, cedió otra vez más y siempre con la intención de provocar un lance ruidoso. Pero, con su habitual impaciencia, no llevó detrás del Saale más que á uno de sus cuerpos de tropas, y á la cabeza de los otros dos caminó por delante de este río, sobre la calzada de Halle y muy cerca del mariscal Marmont, que no le perdía de vista. Finalmente, otra disputa surgió de pronto entre los dos caudillos de los ejércitos de Silesia y del Norte, disputa que llevó su desacuerdo á colmo.

A la vista de los franceses, ocupados más allá del Elba en destruir los puentes, figurándose Bernadotte un movimiento de Napoleón sobre la capital de Prusia, quiso volver á pasar el Elba para no quedar cortado del Norte de Alemania, donde tenía su base de operaciones. Todo su estado mayor, compuesto en gran parte de rusos y prusianos, inclinóse á este dictamen contra su costumbre. Así hizo valer la autoridad eventual con que estaba investido respecto del ejército de Silesia, para intimar á Blücher que le siguiera sobre la orilla derecha del Elba. Al recibir esta orden negó Blücher el movimiento de Napoleón sobre la capital de Prusia, alegó en apoyo de su opinión las fuerzas considerables dejadas en torno de Leipsick, además respondió con una formal desobediencia, y dirigió á los oficiales prusianos y rusos del ejército de Bernadotte la invitación de no abandonar la orilla izquierda del Elba. Pero un hecho independiente de la voluntad de todos, la destrucción completa de los puentes por Ney y Reynier puso fin al debate, y privado Bernadotte de los medios de paso, se quedó á la fuerza á la orilla izquierda del Elba, si bien no siguiendo á Blücher más que á larga distancia. Con todo, las divisiones de Thumen y de Hirschfeld se quedaron al otro lado del río, y así causaron el error de Napoleón, quien creyó que todo el ejército del Norte había resuelto mantenerse á la orilla del Elba y en el camino de la capital de Prusia.

De este modo habían ocupado Blücher y Bernadotte el tiempo que Napoleón empleó en volver sobre Leipsick. Blücher se hallaba el día 15 en el camino de Halle, á cuatro ó cinco leguas al Norte de aquel punto, sintiendo gran deseo de aproximarse, no osando alargar la mano al príncipe de Schwartzberg por entre la llanura de Lutzen, porque necesitara pasar el Pleisse y el Elster, inclinándose mucho á efectuarlo hacia el lado opuesto, por entre la vasta llanura de Leipsick, bien que no atreviéndose tampoco, á la vista de los franceses que marchaban en la dirección ésta, y renovando sus instancias á Bernadotte para que se le reuniera, porque juntos debían formar un ejército de ciento veinte mil hombres, que nada tenía que temer de nadie. Entretanto previno enviar un oficial al príncipe de Schwartzberg para anunciarle su presencia al Norte de Leipsick y á corta distancia de sus tropas, y pronto á marchar en su ayuda tan luego como sonara cañoneo al Sur de la ciudad citada.

Mucho mayor había sido la concordia en el ejército de Bohemia, gracias al espíritu conciliador de Alejandro,

á la autoridad suavemente ejercida por el príncipe de Schwartzberg, y sobre todo á la evidencia de lo que se debía poner por obra. Se quiso bajar sobre Leipsick para unirse á los dos ejércitos de Silesia y del Norte, y por tanto no había que seguir más que una conducta, y consistía en empujar á Murat vivamente, y más viéndose que no figuraba sino como una cortina destinada á cubrir el movimiento de los franceses sobre el Elba, y que de no rasgar muy pronto la tal cortina, se daría tiempo á Napoleón para abrumar á los dos ejércitos de Silesia y del Norte. De esta manera llegóse el día 14 delante de Liebert-Wolkwitz y de Wachau, y se perdieron mil doscientos hombres en un combate de caballería empeñado contra Murat imprudentemente.

Todo el día 15 se ocupó en juntarse, en ponerse en línea, en deliberar sobre el plan de ataque, asunto gravísimo y único que podía engendrar debate. Nadie ponía en duda que se necesitaba dar batalla, aun á riesgo de quedar vencidos, porque, si se dejaba á Napoleón un día más y aun una hora, la aprovecharía para destruir á los dos ejércitos del Norte y de Silesia. Batirse enérgicamente á la desesperada y acto continuo era el dictamen que la situación inspiraba é imponía á todo el mundo. Aún faltaba determinar el plan de la batalla. Acerca de este punto había gran divergencia entre los generales austriacos por una parte, y los generales rusos y prusianos por otra. Así en la guerra como en todo, la opinión de cada cual es generalmente dictada por la posición que ocupa. Habiendo desembocado directamente los rusos y los prusianos á las órdenes de Barclay de Tolly sobre Liebert-Wolkwitz, Wachau y Marck-Kleeberg, delante de Murat, hacia la orilla derecha del Pleisse y del Elster, querían que se diera el ataque por este sitio, y que se emprendiera resueltamente y casi con la totalidad de las fuerzas. Apenas admitían que se hiciera una diversión á su derecha por Gross-Posnau y Seyffertshayn, para rebasar nuestra izquierda, y alargar la mano á Blücher por entre la llanura de Leipsick. También admitían que á su izquierda, entre el Pleisse y el Elster, se ejecutasen algunas demostraciones para alargar la mano á Blücher por entre la llanura de Lutzen, si afortunadamente intentaba penetrar por este lado. Pero no querían más que una simple demostración tampoco.

Llevados los austriacos por los caminos que habían seguido á desembocar sobre el Pleisse y el Elster en gran parte, asentían sin duda á que se dirigiera un ataque vigoroso contra Liebert-Wolkwitz, Wachau y Mark-Kleeberg, si bien esperaban poco de este ataque de frente, y solicitaban que se llevara al ángulo formado entre el Pleisse y el Elster el grueso de las fuerzas, y que protegidas por los dos lados del ángulo éste, cuyo seno se hallaba en Leipsick, se metieran dentro procurando ganar el puente de Dolitz á fuerza de hombres, puente situado detrás de Mark-Kleeberg y á la derecha de los franceses. A su decir se encontrarían allí gran des dificultades sin duda, como que, cortado el Pleisse en mil brazos, requería que se forzaran puentes, casas de campo y tapias, y además que se preparara un terreno escarpado; pero que, vencidos obstáculos tales, se hallarían á espaldas de los franceses, no sería sostenible la posición de éstos, y si conseguían retirarse sanos y salvos á Leipsick, se podría tener á prodigio.

Así los generales austriacos querían que en esta operación se emplease no sólo el ejército de su patria, sino también las reservas de Barclay de Tolly, compuestas de la guardia imperial rusa y de la guardia real prusiana, encargando de maniobrar sobre el Pleisse y el Elster á una y á otra. Sin duda se podían alegar á favor de este plan algunas razones; pero también ocurrían dificultades que oponerle; siendo la primera que Napoleón podría detener á mucha gente en la posición de Dolitz con poca, y la segunda, que al ver cuán poco considerable era la masa encargada de atacarle de frente, se arrojará sobre ella por la izquierda y la precipitará al Pleisse. Ahora bien, cuando aniquilara como en Dresde una tercera parte del ejército coligado por lo menos, evidentemente quedaría resuelta la cuestión á favor suyo.

Sin embargo, para que se renuncie á una opinión cualquiera, no basta que existan en contra excelentes razones. Después de adoptarla de buena fe y á causa de la posición que se ocupa, se persiste en ella por amor propio, y por rareza se efectúa que una opinión lógicamente destruida figure como una opinión abandonada. Se discutió vivamente, y transigióse como es costumbre, buena en política, y peligrosa á menudo en la guerra. Se distribuyeron con cierta igualdad las fuerzas todas. Reforzado el cuerpo austriaco de Giulay por las tropas ligeras de Lichtenstein y de Thielmann, debió trasladarse más allá del Pleisse y del Elster sobre Lindenau, para apoderarse de las comunicaciones de los franceses con Lutzen, esto es, con Maguncia. Este cuerpo, fuerte de veinte á veinticinco mil hombres, podía alargar la mano á Blücher por entre la llanura de Lutzen, si maniobraba con fortuna. El grueso del ejército austriaco, de muy cerca de cuarenta mil hombres, formado por el cuerpo de Merfeld, y de todas las reservas así de caballería como de infantería del príncipe de Hesse-Homburgo, se debía meter en el ángulo del Pleisse y el Elster, esforzándose con el objeto de desembocar sobre Dolitz á espaldas de los franceses. De frente á éstos, á la derecha de los dos ríos y delante de las posiciones de Mark-Kleeberg, Wachau y Liebert-Wolkwitz, apoyando los ejércitos prusiano y ruso con todas sus reservas, y presentando una fuerza de cerca de sesenta mil hombres, debían caer sobre la línea formada por Napoleón, interin el general austriaco Kleinau, á la cabeza de unos veinticinco mil hombres con el refuerzo de una brigada prusiana y de la caballería de Platow, desembocara más allá de Liebert Wolkwitz por la llanura de Leipsick, y aspirara á rebasar nuestra izquierda, y á tender de este modo la mano á los ejércitos de Blücher y de Bernadotte.

Tal fué el plan adoptado el 15 por la noche para ejecutarlo á otro día y desde las nueve de la mañana. Procuróse transmitir á Blücher, de cuya llegada al Norte de Leipsick ya se tenía noticia, el aviso de que el 16 se iba á dar el ataque, para que, si oía el cañoneo, se trasladara al fuego en persona y no dejara ociosas á los franceses más que el menor número posible de tropas.

De consiguiente, el 16 de octubre era el día elegido por los dos ejércitos para esta grande y terrible lucha, de la cual iba á depender el imperio del mundo. Ya desde el día antes había dispuesto Napoleón sus tropas. Macdonald y Sebastiani habían llegado, y dirigiólos

sobre Hobshausen á la izquierda de Liebert-Wolkwitz, á fin de hacer cara á Klenau. Ney y Reynier no se debían encaminar á Leipsick hasta la madrugada del 16 el primero y del 17 el segundo. No asomando aún Blücher por el camino de Halle, cosa natural, pues se requería que el cañoneo le atrajese al campo de batalla, para que se aventurara á todo, supuso Napoleón que tal vez no le tendría encima durante aquella jornada, y previno á Marmont que abandonara su posición al Norte de Leipsick, cruzara el arrabal de Halle, y se fuera á situar á espaldas del grande ejército, con el designio de coadyuvar á la maniobra decisiva contra la derecha de Schwartzberg, por la cual se esperaba asegurar el buen logro de la batalla. A Ney le prescribió que ocupara la posición que Marmont dejaba así vacante, y que de acuerdo con Bertrand estuviera pronto á atajar al enemigo que por el Norte de Leipsick se presentase. Dadas estas órdenes, se hallaba Napoleón á caballo desde la punta del día en medio de su guardia, sobre una alta cumbre, en el corral de ovejas de Meusdorf, desde donde dominaba el campo de batalla, y veía á su izquierda á Liebert-Wolkwitz, en el centro y algo hacia el fondo á Wachau, y á su derecha á Marck-Kleeberg también hacia el fondo, y finalmente, más á la derecha del Pleisse y el Elster, entre los cuales avanzaban los austriacos para forzar el puente de Dolitz. Según se ha dicho, tenía ciento sesenta mil hombres delante y unos ciento quince mil para combatirlos, incluso Macdonald y Sebastiani. El resto del ejército francés se hallaba dos leguas á la espalda, á fin de proveer á las eventualidades que pudieran ocurrir sobre otros puntos.

Tres cañonazos disparados en el campo de los aliados á las nueve de la mañana fueron la señal de un cañoneo espantoso. De Mark-Kleeberg á Liebert-Wolkwitz avanzaron los enemigos sobre nuestro frente en tres fuertes columnas, precedidas por doscientas bocas de fuego. Tuvieron la idea muy bien entendida de mezclar juntas las tropas de las diversas naciones, para que compartieran por igual los peligros, y para que la vecindad excitase la emulación entre todos. A nuestra derecha el general Kleist, con la división prusiana del príncipe Augusto de Prusia, con muchos batallones rusos y los coraceros de Levachoff, marchó por Crobern y Costrewitz sobre Mark-Kleeberg. Hacia el centro el príncipe Eugenio de Wurtemberg, con la división rusa que mandaba y la división prusiana de Klux, marchó sobre Wachau. A nuestra izquierda de los coligados el príncipe Gortschakoff, con su cuerpo y la división prusiana de Pirch, marchó sobre Liebert-Wolkwitz, que trataba de rebasar Klenau por Seyffertshayn con una cuarta columna. Resueltamente avanzaban estas diversas masas como gentes decididas á superar los obstáculos todos. Nuestra artillería, muy numerosa y puesta en batería sobre el declive del terreno, les cubrió de proyectiles; pero no les detuvo, y sin vacilar llegaron hasta el pie de nuestras posiciones.

En breve la columna de Kleist, dirigida sobre Mark-Kleeberg á nuestra derecha, vióse empeñada con Poniatowski, y á pesar de la resistencia de éste, consiguió apoderarse de la aldea citada sobre el Pleisse. No ascendía á menos de diez y ocho mil hombres, al par que sólo contaba ocho ó nueve mil Poniatowski. Éste se

vió forzado á retirarse al terreno algo dominante, que formaba la extremidad derecha de nuestra línea. Empujado entonces Augereau hacia adelante, vino á apoyar á Poniatowski. Una fuerte artillería se dirigió contra Kleist, que aspiraba á trepar el terreno sobre el cual nos habíamos replegado. Hacia el centro el príncipe Eugenio de Wurtemberg, con su infantería rusa y la división de Klux llegó delante de Wachau por entre una granizada de metralla, é intentó penetrar en su recinto. Pero, ocupando el mariscal Víctor esta aldea, le opuso una resistencia obstinada. Finalmente, á nuestra izquierda, arrancando Gortschakoff de Stounthal, punto de partida más lejano que el de las otras columnas, aún se hallaba á alguna distancia de Liebert-Wolkwitz, que estaba pronto Klenau á rebasar con los austriacos de Mohr. Pero en Liebert-Wolkwitz se hallaba el cuerpo de Lauristón, favorecido por la elevación del terreno, y que muy en breve debía ser apoyado por Macdonald que desembocaba de Holzhausen.

Esta primera marcha de los coligados fué firme y resuelta, y ejecutóse por entre una granizada de balas disparadas por las trescientas bocas de fuego que teníamos desde Mark-Kleeberg hasta Liebert-Wolkwitz. De una parte y otra era tan violento el cañoneo, que nadie, ni aun entre los generales veteranos, recordaba haberlo oído semejante, y que Napoleón, aun cuando situado algo á la espalda en el corral de Meusdorf, vió caer en torno suyo á una porción de oficiales y de caballos. Con su habitual aplomo permaneció impassible, y dejó que se empeñara todavía más la batalla antes de tomar ninguna resolución decisiva. A la izquierda Liebert-Wolkwitz, construida sobre una eminencia y defendida por Lauristón vigorosamente, aún se podía sostener largo tiempo. Hacia el centro el príncipe Eugenio de Wurtemberg no parecía en estado de superar la resistencia de las tres divisiones de Víctor. Sólo á la derecha, la necesidad en que Poniatowski se había hallado de abandonar á Mark-Kleeberg y de ceder algún terreno, dió margen á que nuestra línea se doblase ligeramente hacia la espalda. Ya la división de Semelé del cuerpo de Augereau había acudido en socorro de Poniatowski. Napoleón ordenó que se empleara la numerosa y excelente caballería situada hacia este lado, la de los polacos y la de Pajol, 4.º y 5.º cuerpos, á fin de atajar á la infantería de Kleist sobre el declive del terreno, adonde aspiraba á trepar afanosa.

El general Kéllermann, jefe de los cuerpos 4.º y 5.º en este día, lanzóse con sus dragones sobre la infantería del príncipe Augusto de Prusia y la contuvo. Pero soldados los coraceros de Lewachoff hábilmente y en sazón oportuna, cruzaron un barranco que estaba al pie de nuestras posiciones, cogieron de flanco á los dragones de Kéllermann, y les hicieron perder terreno. Acogidos á su turno por el fuego de arriba á abajo de nuestra artillería, se vieron obligados los coraceros de Levachoff á desandar camino. Se contuvieron recíprocamente, no ganando los prusianos más terreno que el conquistado al primer empuje, y no pudiendo nosotros recuperar á Mark-Kleeberg, si bien quedando sobre los puntos dominantes que teníamos ocupados. Una artillería formidable atajaba al enemigo, y aunque nuestra línea no estuviese recta, al parecer ya no se debía doblar en adelante.

A la izquierda, esto es, en Wachau, hacia el centro, esto es, en Liebert-Wolkwitz, no cesaba de ser tenaz y sangriento el combate. Muchas veces el príncipe de Wurtemberg y el general Kleist penetraron en Wachau, que estaba en el fondo; pero, cayendo siempre sobre ellos las divisiones de Víctor en columnas cerradas, los repelieron de continuo. Durante dos horas fué perdida y recuperada esta aldea hasta cinco veces. Ya no presentaba más que un montón de cadáveres y de ruinas. Acometido Lauristón de frente en Liebert-Wolkwitz por Gortschakoff y hacia la izquierda por Klenau, recibiólos de modo de no dejarles gana de volver al ataque. Habiéndose presentado Klenau el primero con la brigada de Spleny por la izquierda, le cargó y le arrolló el general Rochambau, mientras se cañoneaba á Gortschakoff todavía distante y siguiendo á lo largo del bosque de la Universidad. Después de acribillar á balazos á los rusos de Gortschakoff y á los prusianos de Pirch, el general Maisón les hizo trepar el terreno saliente, donde se elevaba Liebert-Wolkwitz, después cargólos bizarramente y arrojó parte de ellos sobre el bosque de la Universidad á la izquierda, y parte sobre Gulden Gossa á la derecha, y siempre que asomaron de nuevo los cubrió de metralla.

A mediodía ya habían sucumbido diez y ocho mil hombres de una y otra hueste, bien que dos terceras partes de la de los enemigos, é invencible nuestra línea por todos lados no debía ser forzada según las apariencias, salvo hacia la derecha, donde se había doblado ligeramente, como queda dicho.

En este momento retumbó de pronto el cañón hacia el Norte, y muy luego oyóse en otras direcciones, lo cual anunciaba que estábamos acometidos á la vez por todas partes.

Con efecto, ayudantes de campo llegados al galope comunicaron de un lado que Margarón á la derecha de Leipsick se hallaba atacado en Lindenau por Giulay, que nos quería quitar nuestra línea de comunicación con Lutzen; y que á la izquierda, esto es, al Norte de Leipsick, estaba Marmont empeñado contra Blücher, llegado de Halle á fin de tomar parte en la general batalla. Marmont enviaba á decir que no podía ejecutar la orden de trasladarse á espaldas de Napoleón, porque necesitaba hacer cara á Blücher, y aún solicitaba socorros. Por fortuna en este instante aparecía Ney con la división de Dombrowski y el cuerpo de Souham, é hizo que se dijera á este mariscal que, además de apoyar á Marmont, convenía que detrás de Macdonald y en apoyo del grande ejército, enviara aquella de sus divisiones que tuviese disponible. Ney mandaba al mismo tiempo el 4.º cuerpo de Bertrand, el 4.º de Souham, el 7.º de Reynier, y además la división de Dombrowski. A Bertrand le tenía en Leipsick para apoyar á Margarón: le llegaban Dombrowski y Souham para sostener á Marmont y acudir al lado de Napoleón. Con Reynier no podía contar hasta el día siguiente.

Habiéndose desarrollado á mediodía más á las claras la batalla, pensó al cabo Napoleón en abandonar la defensiva para tomar una ofensiva vigorosa. Resolvió desembocar al mismo tiempo de Liebert-Wolkwitz y de Wachau, á fin de aplastar al centro enemigo, mientras desembocando Macdonald á la extrema izquierda de Holzhausen por más allá del Liebert-Wolkwitz, recha-

zara á Klenau y le rechazara á la mayor distancia posible, y declinando después de izquierda á derecha, se precipitara sobre el centro del enemigo atacado ya de frente por Liebert-Wolkwitz y por Wachau. Para la ejecución de este movimiento, Napoleón hizo bajar por un lado dos divisiones de la joven guardia á las órdenes de Mortier; á fin de que reunidas á Lauristón cayesen sobre Gortschakoff, y por otro á otras dos divisiones de la misma joven guardia á las órdenes de Oudinot, para que con Víctor cayera sobre el príncipe Eugenio de Wurtemberg. Entre estas dos columnas debía avanzar



El general Drouot

la reserva de artillería de la guardia, formando una batería de ochenta cañones, para apoyarlas con sus fuegos. A la espalda fué dispuesta la caballería de Latour-Maubourg, á fin de apoyar este movimiento y de aprovechar las ocasiones de dar cargas. Kéllermann, con los cuerpos 4.º y 5.º, se mantuvo igualmente prevenido sobre la derecha. La vieja guardia, compuesta de las divisiones de infantería de Curial y de Friant y de la caballería de Nansouty, fué á ocupar la posición que la joven guardia y Latour-Maubourg dejaron vacante. Todo se agitó, pues, de resultas de este movimiento ofensivo, en el mismo instante en que Alejandro, ya al cabo de lo que pasaba ante sus ojos, había enviado á uno de sus oficiales alemanes, á Mr. de Wolzogen, para suplicar al príncipe de Schwartzberg que renunciara á su ataque entre el Pleisse y el Elster, y se ocupara más acerca de lo que entre Liebert-Wolkwitz y Wachau tenían encima los ejércitos ruso y prusiano.

Apenas se dió la señal avanzaron nuestras dos columnas de ataque, teniendo entre ellas la formidable artillería de la guardia dirigida por Drouot, y de la cual el bravo coronel Griois mandaba treinta y dos piezas de á

doce. Espantoso era el fuego, y tal, que no parecía que lo pudiera resistir tropa alguna. A un lado el mariscal Mortier, precedido por la división de Maisón, bajó de Liebert-Wolkwitz, se echó encima de Gortschakoff, y repelió entre el bosque de la Universidad y la aldea pantanosa de Gulden-Gossa. A otro lado Oudinot y Víctor, desembocando de Wachau, rechazaron al príncipe Eugenio de Wurtemberg, le hicieron volver á pasar la especie de valle que nos separaba á unos de otros, y le arrollaron hacia el corral de Avenhayn, que se hallaba á la derecha de la aldea de Gulden-Gossa. Mientras se avanzaba así victoriosamente por el centro de nuestra línea, engolfándose Macdonald á la izquierda más allá del Liebert-Wolkwitz, arremetió contra Klenau, y le obligó á ceder una gran extensión de terreno. Al paso llegó delante de un viejo reducto, llamado de los Suecos, desde donde llovían olas de metralla, cubriólo por medio de la división de Charpentier, y con las divisiones de Ledrú y de Girard tomó á Seyffertshayn.

Con denuedo se defendía el enemigo; pero fué rechazado de una parte sobre Kleiss-Possnau, y de otra sobre Gross-Possnau y el bosque de la Universidad. Favorecido allí por las dificultades locales, se detuvo y nos hizo cara. Si, apoyando entonces á Macdonald un cuerpo de reserva, llegara á ayudarle á declinar de izquierda á derecha, se hubiera podido arrollar á Klenau sobre Gortschakoff, á uno y otro sobre el príncipe de Wurtemberg y Kleist, y sobre el Pleisse á todos juntos. Pero Marmont se las había á la sazón con Blücher, y Margaron con Giulay: Bertrand entre ambos se hallaba reservado para socorrer al que estuviera en más peligro. Ney no osaba disponer de Souham; tan violentamente se le presentaba Marmont atacado, dejaba á Dombrowski á la derecha de Marmont, para hacer frente á las masas que se veían confusamente á lo lejos, y por último, aguardaba á Reynier todavía. De consiguiente se necesitaba que Napoleón alcanzase la victoria con las fuerzas que tenía á mano.

Después de perder los enemigos toda la anchura del campo de batalla, disputaban palmo á palmo el límite extremo. Klenau resistía, ora en Gross-Possnau, ora á la cabeza del bosque de la Universidad. Gortschakoff, rechazado á la otra parte de este bosque, se defendía allí tenazmente, y al mismo tiempo aspiraba á apoyarse en la aldea de Gulden Gossa, que, hallándose en una hondonada, y presentando una serie bastante prolongada de bosques y de charcos de agua, se prestaba sobremanera á la defensiva. Situado muy cerca el príncipe Eugenio de Wurtemberg, en el corral de Avenhayn, procuraba mantenerse allí con las reliquias de su cuerpo. A la vista del peligro que les amenazaba, se sentían sumamente perplejos los soberanos coligados. Según hemos dicho, Mr. de Wolzogen fué enviado al príncipe de Schwartzberg, y agregándosele el general Jomini, de resultas de las vivas observaciones de ambos, y de reconocer el príncipe lo arduo de tomar á Dolitz para desembocar sobre nuestras espaldas, y el peligro apremiante de los ejércitos prusiano y ruso, consintió en hacer que pasara á la orilla derecha del Pleisse la reserva del príncipe de Hesse-Homburgo, fuerte de veinte mil hombres. Pero estos socorros no podían llegar antes de las tres de la tarde. Entretanto se decidieron los soberanos á comprometer sus reservas todas, seguros

como estaban de reemplazarlas muy en breve con una parte del ejército austriaco. Por el pronto se lanzaron los coraceros rusos sobre nuestra infantería, interin se pusieron en línea los diez mil granaderos de Rajeffski, de los cuales fué dirigida una columna á Gulden-Gossa y otra al corral de Avenhayn.

Tales eran los sucesos á la parte del enemigo. Lauristón y Mortier á nuestra izquierda hacia Gulden-Gossa, Víctor y Oudinot á nuestra derecha hacia el corral de Avenhayn, recibieron en cuadros á los coraceros rusos, y con un fuego imperturbable los derribaron sobre los cuerpos muertos de sus caballos. Distribuidos los diez mil granaderos de Rajeffski entre el corral de Avenhayn, la aldea de Gulden-Gossa y el bosque de la Universidad, llegaron á situarse como un largo muro, sostenido de trecho en trecho por cañones. El bravo Drouot, que se había quedado con su formidable batería entre nuestras dos columnas de ataque, ideó dirigir todas sus bocas de fuego contra esta magnífica infantería, descuidando la artillería contraria, por mucha importancia que atribuyera á apagar sus fuegos. Aunque ya estaba muy cerca del enemigo, avanzó más todavía, y se puso á disparar á metralla sobre los granaderos rusos, que caían como los lienzos de un muro bajo el fuego de nuestros cañones. Cuando ya aparecieron bastante quebrantados, destacándose la división de Dubretón del cuerpo de Víctor á nuestra derecha, ejecutó una carga á la bayoneta sobre el corral de Avenhayn y lo hizo suyo. A la izquierda el general Maisón, formando la cabeza de Lauristón, se arrojó sobre Gulden-Gossa, y penetró en este punto. Pero, amparados los granaderos de Rajeffski por las tapias de las haciendas, por los bosques y por los charcos de agua, se defendieron allí con tesón extremado.

Llevóse parte de la guardia rusa en su socorro y mientras Maisón mantenía una extremidad de la aldea, los rusos sustentaban la otra, y no querían abandonarla. Herido Maisón por muchas balas, cubierto de sangre, cambió tres veces de caballo, y condujo á sus soldados á la aldea de Gulden-Gossa, que no podía quitar á los rusos, y que los rusos tampoco podían arrancarle. A la izquierda, rebasando Macdonald á Klenau por Seyffertshayn, repelió sobre Gross-Possnau á la brigada prusiana de Zeithen, á las brigadas austriacas de Spleny y de Schöffler, y á la división austriaca de Méyer; pero el reducto sueco, situado á la izquierda de Liebert-Wolkwitz, había continuado inaccesible. Napoleón, que anduvo de un punto á otro, viendo al regimiento 22.º de ligeros al pie del reducto, preguntó qué regimiento era el que se encontraba delante de la posición aquella, y al responderle que era el 22.º de ligeros, dijo: «No es posible, el 22.º de ligeros no se estaría bajo la metralla de ese modo, sin correr sobre la artillería que le abraza.» Conducido este regimiento por el coronel Charrás, trepó la altura á paso de carga, mató á los artilleros enemigos á bayonetazos y apoderóse del reducto. Ganado el punto que detenía al mariscal Macdonald, continuó éste su movimiento hasta la mitad del bosque de la Universidad sobre nuestra izquierda.

A la sazón eran las tres de la tarde: arrinconado dondequiera el enemigo hasta detrás de su primera posición, aparecía dispuesto á cedernos la victoria. Sólo á nuestra izquierda, frente por frente de Liebert-Wolkwitz se de-

tenía en el bosque de la Universidad. Rechazado en el centro del corral de Avenhayn, disputaba al general Maisón á Gulden-Gossa, favorecido por la configuración de esta aldea, que presentaba una hilera de bosques y de pantanos. A nuestra derecha no había retrocedido detrás de Mark Kleeberg á pesar de los heroicos esfuerzos del príncipe Poniatowski.

Napoleón conocía la necesidad de vencer á toda costa, porque no podía aplazar el triunfo. No vencer hoy con la muchedumbre de enemigos que se iban acercando, equivalía sólo á no ser vencido y á exponerse á quedar destrozado. De consiguiente abrazó el partido de lanzar toda su caballería contra la línea de los coligados. Murat hacia la izquierda bajó por entre Liebert-Wolkwitz y Wachau con diez regimientos de coraceros. A la derecha Kéllermann bajó por entre Wachau y Mark-Kleeberg con la caballería polaca, los dragones de España y los dragones de la guardia á las órdenes de Lefort. En este momento Pajol, á la cabeza de los dragones de España, fué arrebatado á sus soldados por una bomba que, reventando bajo el vientre de su caballo, le produjo una espantosa conmoción sin privarle de la existencia.

De este modo avanzaron doce mil jinetes en dos masas, una á la izquierda, otra á la derecha, y llenas del recuerdo de la victoria de Dresde, que les era debida. Lanzado por Murat el general Bordessoulle con sus coraceros, cargó á la caballería de Pahlen y dispersóla, en seguida cayó sobre los granaderos y los guardias rusos, quienes, después de quedar dueños de Gulden-Gossa, se desplegaron delante de esta aldea, y los destrozó y cogiólos hasta veintiséis bocas de fuego. A la derecha los dragones de España y los de la guardia cargaron á los coraceros de Leodchoff, y les hicieron expiar su triunfo de aquella mañana. Este primer choque salió bien hacia todas partes, y no se necesitaba más que un esfuerzo para penetrar definitivamente en el centro enemigo, y arrojar á la derecha á Kleist y al príncipe Eugenio de Wurtemberg sobre el Pleisse, y á la izquierda á Gortschakoff sobre el bosque de la Universidad. Pero ya eran las tres de la tarde. De repente y sobre nuestra derecha se descubrieron espesas masas procedentes del otro lado del Pleisse. Era la reserva austriaca de Hesse-Homburgo, cuya cabeza, formada por los coraceros de Nostitz, precedía á los granaderos de Bianchi y de Weissenwolf. Con efecto, desembocando los coraceros de Nostitz al galope, encontraron á los coraceros de Kéllermann en el desorden de la persecución, los cogieron de flanco y los repelieron de pronto.

Con los dragones de la guardia cargó el bravo Lefort á su vez á los coraceros de Nostitz, y los contuvo. Pero, en lugar de ser decisivo el movimiento de nuestra caballería sobre la derecha, no fué más que alternativo, pues avanzábamos unas veces y retrocedíamos otras. Hacia el centro, luego de arrollarlo todo Murat á la primera acometida, incurrió en el yerro de comprometer todos sus escuadrones, con la esperanza de ser apoyado, y además adelantóse por un terreno, cuyo reconocimiento no pudo practicar antes, ignorando por tanto su forma. Desde lejos no permitía ver la aldea de Gulden-Gossa más que algunos grupos de árboles; pero, ya cerca, descubrió Murat una gran hondonada, y en esta hondonada caseríos, trozos de bosque y charcos de

agua, y detrás de cada obstáculo bien apostada la infantería. Al llegar á la aldea vióse obligada su caballería á hacer alto y á permanecer en línea bajo el fuego. Entonces el emperador Alejandro consintió en que se mandase cargar á cuantos tenía á la mano, hasta á los húsares y á los cosacos de su guardia. Pasando éstos por las aberturas practicables de Gulden-Gossa, seño-reada aún por los rusos, improvisamente cayeron sobre el flanco de la caballería de Murat, le cogieron de sorpresa y le obligaron á que se replegara, no llevándose más que seis de las veintiséis piezas conquistadas momentos antes. Al bizarro Latour-Maubourg una bala se le llevó un muslo. Lanzados estos húsares y estos cosacos al galope, cercaron por todas partes á la gran batería de la guardia, que había permanecido incontrastable en medio del campo de batalla. Atrayendo entonces Drouot las dos extremidades de su línea de cañones sobre sus flancos, opuso, por decirlo así, un cuadro de artillería á la caballería contraria, y cuando ésta pasó á la vuelta al alcance de sus bocas de fuego, cubrióla de metralla.

De consiguiente no quedó decidida la batalla por esta acción general de nuestra caballería, aunque nos perteneciera gran parte del campo. Efectivamente, á la derecha casi teníamos bloqueado á Kleist en Mark-Kleeberg; hacia el centro no había cesado Víctor de ocupar el corral de Avenhayn: en el centro y declinando á la izquierda, Lauristón, la batería de la guardia y la caballería de Latour-Maubourg estaban delante de Gulden-Gossa: á la izquierda, dueño Macdonald del reducto sueco y de Seyffertshayn, por todas partes se hallaba junto al linde del bosque de la Universidad; pero se mantenía firme el enemigo, aun cuando hubiese retrogradado. Entonces Napoleón quiso tentar un supremo esfuerzo. Rehizo sus columnas de ataque: Mortier con Lauristón y Oudinot con Víctor recibieron orden de volverse á formar en columnas y de comprometerse de nuevo. Les debieron dar apoyo, comprometiéndose también en caso necesario, las dos divisiones de la vieja guardia, compuestas de unos diez mil hombres, y única reserva que ya nos quedase. Toda la caballería fué alineada en masa detrás de esta infantería: vencer ó morir era su encargo. Pero de repente se oyó gran vocerío á nuestra derecha. Llegados los granaderos de Bianchi y de Weissenwolf detrás de los coraceros de Nostitz habían cruzado el Pleisse, relevado en la aldea de Mark-Kleeberg á Kleist rendido de fatiga, y trataban de obligar á ceder á Poniatowski, el cual no había cesado de oponer una resistencia invencible á todos los ataques. Finalmente, á la espalda y hacia la derecha, en aquel puesto de Dolitz que el príncipe de Schwartzberg se había lisonjeado de ganar con sus tropas, haciendo el general Merfeld una vigorosa tentativa forzó todos los pasos del Pleisse, y estaba pronto á trepar á la altura, que forma la varga de este río. A la vista del peligro contuvo Napoleón el movimiento de su vieja guardia y dirigió sobre Dolitz á la división de Curial. Destinado fué Oudinot á hacer cara á los granaderos de Bianchi y de Weissenwolf. Pero gracias al tesón de Poniatowski y de la división de Semelé del cuerpo de Augereau, fueron contenidos los granaderos austriacos. Ejecutando Curial hacia la espalda un movimiento transversal de izquierda á derecha, precipitóse